

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LA PINTURA

Estoy escribiendo una historia de la pintura para gente joven. ¿Por qué? Porque me parece muy importante hablar de nuestros entusiasmos. En el origen de todas las aficiones que han caldeado mi vida encuentro siempre a alguien que me contó algo apasionadamente. Una de las funciones de la educación es transmitir la cultura, pero hay que entender la cultura como el conjunto de cosas valiosas que ha creado el ser humano. Es, pues, una transmisión de valores. Necesitamos que nuestros

niños y jóvenes comprendan la riqueza de lo real, porque de lo contrario el mundo les va a parecer aburrido y les resultará, sin duda, embrutecedor. La sensibilidad es la capacidad de captar cosas bellas, buenas y nobles. Por el contrario, la insensibilidad nos cierra el corazón y la cabeza. El insensible echa la vista alrededor y lo que ve es un yermo. No me cabe duda de que en ocasiones esta visión desolada de la realidad puede estar justificada, pero en muchos otros casos, no. Viktor Frankl contaba lo que sucedió cuando estaba preso en un campo de concentración nazi. “Una tarde en que estábamos muertos de cansancio en nuestro barracón entró corriendo uno de los prisioneros para decirnos que saliéramos al patio a contemplar una maravillosa puesta de sol. Así lo hicimos. Y después de permanecer unos minutos en silencio, sobrecogidos, uno de los prisioneros dijo a otro: ¡Qué bello podría ser el mundo!”. El arte despierta

en nosotros una nostalgia de la perfección, que puede convertirse en un ímpetu benéfico. Eso me recuerda una conmovedora frase que Van Gogh escribe a su hermano Theo: “Encuentra bello todo lo que puedas; la mayoría de la gente no encuentra nada lo suficientemente bello”.

Quiero contar la historia de la búsqueda de la belleza a través de la pintura. Los grandes teólogos medievales decían, con razón, que lo que define al ser humano son sus “deseos esenciales”, es decir,

EL ARTE NOS DESPIERTA UNA NOSTALGIA DE LA PERFECCIÓN, PUEDE LLEGAR A SER UN ÍMPETU BENÉFICO

aquellos que aparecen en todas las sociedades, en todos los momentos históricos. Uno de esos deseos es el de pintar, por eso se ha pintado siempre y en todas las culturas. Supongo que esta profunda necesidad la descubrió por casualidad un antepasado nuestro, en el fondo de una cueva, hace 20.000 años, cuando vio que sus manos manchadas habían de-

jado su huella en la superficie de la roca. Sin duda, se quedó pasmado ante esa duplicación de la realidad. Su mano seguía siendo suya, pero al mismo tiempo estaba en la piedra. A partir de aquella experiencia tan elemental se puso en movimiento una imparable dinámica de búsqueda que nos demuestra que los deseos humanos esenciales son infinitos. Los pintores fueron descubriendo modos nuevos de mirar las cosas y de representarlas, o de jugar con las formas y los colores. Y nos enseñaron a mirar la realidad. Es estupendo mirar el Mediterráneo después de Sorolla, porque uno descubre los infinitos blancos paridos, es decir, dados a luz. O pasear por París después de contemplar las pinturas de los impresionistas.

La inteligencia humana hace muchas cosas: conoce la realidad, mediante la ciencia. Transforma la realidad mediante la técnica. Mejora la realidad mediante la ética, y la transfigura mediante el arte. La historia de la pintura es la historia de la realidad transfigurada. Eso es lo que quiero contar. ■



Raúl